

MASACRE TERRORISTA EN SANTIAGO

Los dirigía una mujer «con la fogosidad de una loca»

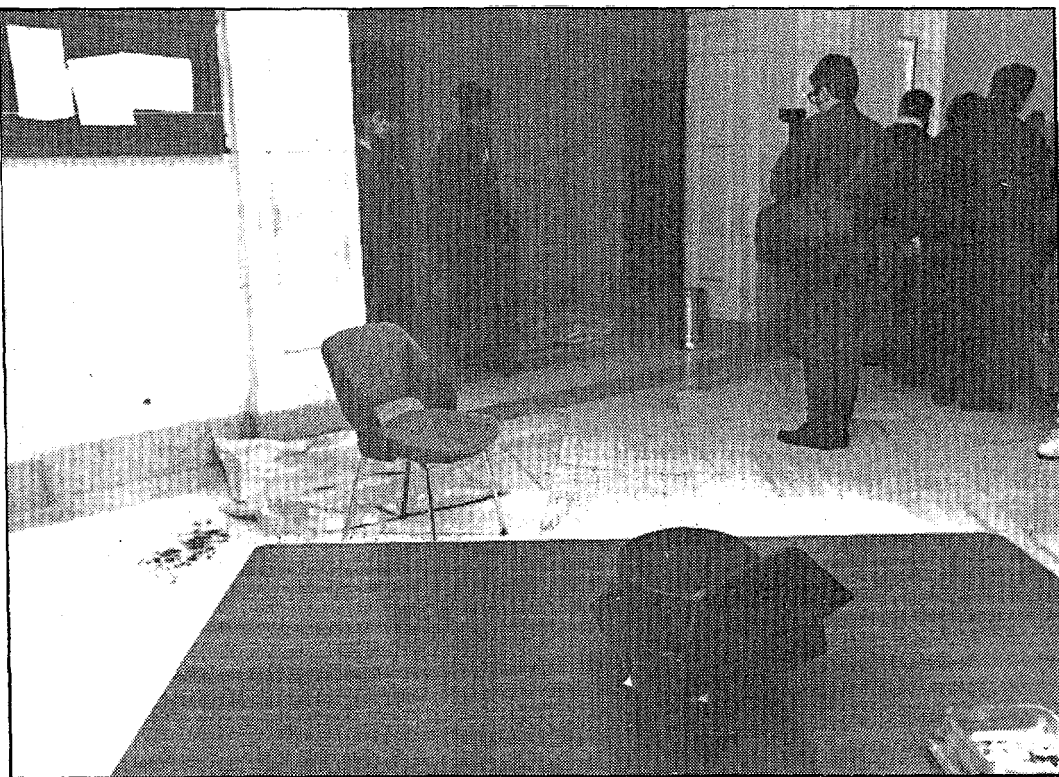
Tras matar a los guardias, los asaltantes del Banco de España intentaron acceder a la caja, donde había 15.000 millones

Santiago (Redacción). Dos guardias civiles que prestaban servicios de vigilancia y seguridad en las oficinas del Banco de España en Santiago fueron asesinados ayer, en el transcurso de un asalto perpetrado contra dicha entidad por cinco individuos —dos hombres y tres mujeres— que entraron en el establecimiento alrededor de las once y media de la mañana. Al agente Constantino Limia Angueira, de 54 años de edad, le dispararon en la cabeza cuando descansaba en una silla, muy cerca de la entrada del patio de operaciones. A un par de metros fue asesinado el otro funcionario de la Benemérita, Pedro Cabezas González, de 47 años de edad. Ambas acciones se desarrollaron prácticamente al mismo tiempo, impidiendo que cualquiera de los guardias civiles pudiese reaccionar frente a la agresión.

Consumados los asesinatos con terrible frialdad por un hombre y una mujer, el grupo asaltante advirtió a los empleados de la oficina de que se trataba de un atraco y que les convenía obedecer instrucciones en orden a facilitar a la banda armada el acceso a los depósitos de dinero. En una rápida reacción colectiva, todos los empleados se pusieron a salvo tras las mamparas de cristal blindado. Tan sólo una mecanógrafa y un administrativo quedaron a merced de los atracadores. Paralizada de miedo sobre su ordenador, Carolina sólo reaccionó a empujones de uno de los asaltantes, que la derribó al suelo y la encañonó con su arma de fuego. A Felipe Alvarez Moreno, el segundo de los hombres integrantes del grupo le puso una pistola al cuello para hacer ver a los demás empleados que correría la misma trágica suerte que los guardias civiles si no se facilitaba el acceso a la caja fuerte.

Expresiones impetuosas

Con la «fogosidad de una loca», una de las mujeres dio a todos los aterrorizados testigos de la masacre la impresión de



Las víctimas no tuvieron tiempo a reaccionar. Uno de los guardias quedó muerto en la silla donde estaba sentado a la entrada del banco

ser la directora de la operación. Sus expresiones eran cortas pero impetuosas, ordenando a sus compañeros una actitud agresiva para conseguir la apertura de la bóveda acorazada del Banco de España, en la que, según estimaciones fiables filtradas a este diario, se guardaban ayer más de 15.000 millones de pesetas.

Felipe Alvarez Moreno no pudo contener sus nervios y rompió a llorar, pidiendo que no lo asesinasen. Tenía a la vista los cuerpos sin vida de los dos guardias civiles y pasó por su cabeza la sensación «muda improbable» de seguir el mismo camino. «Abra la puerta», le gritó el individuo que le encañonaba. «No puedo, no puedo, les juro que no hay forma de abrir», replicó el aterrorizado rehén. Su compañera Carolina permanecía en el suelo, cubierta por uno de los asaltantes con el abrigo del director en funciones del Banco de España, Modesto Daviña.

Antes de convencerse de la

inexpugnabilidad del área blindada del banco, los terroristas efectuaron varios disparos contra el cristal, que resistió el tiroteo. Fue entonces cuando cesaron en su presión psicológica sobre el empleado cautivo, lo soltaron y se dieron a la fuga. En el umbral del banco les aguardaba el segundo hombre, vestido con cazadora color beige. «Tenía las manos en los bolsillos y daba impresión de tranquilidad», relató a este diario el industrial joyero Augusto Otero, propietario de una tienda en las mismas Platerías.

Mientras permaneció de pie a la entrada del banco, aquel individuo de cazadora beige y las manos en los bolsillos dio la impresión de un simple curioso ajeno a las detonaciones que se escucharon en el interior de la oficina. Cuando habían transcurrido apenas diez minutos desde el comienzo de las terribles secuencias, llegó de la calle Teresa Romero, la cajera del banco. Se había ausentado para acudir a la consulta de su

dentista. Cuando vio a Pedro Cabezas caído de bruces en un charco de sangre, quedó paralizada. El impertérrito terrorista que vigilaba en el zaguán del edificio tuvo incluso la fría cortesía de invitarla a pasar. «No se preocupe —le dijo a Teresa Ramos—, deben ser petardos o algo por el estilo; no sucede nada, pase usted tranquila». La asustada cajera declinó la espeluznante gentileza de aquel tipo de cazadora beige y volvió sobre sus pasos. Se dirigió entonces a la joyería de Augusto Otero y le relató la sangrienta imagen que acababa de contemplar en la luminosidad del patio de operaciones. El joyero telefonó a la Policía y comenzó entonces una reacción que por ahora apenas ha arrojado resultados positivos.

Cuando llegó la Policía a Platerías sólo había cadáveres y rostros lívidos. Modesto Daviña y sus compañeros salieron de su refugio blindado. Unos minutos más tarde al lugar del suceso acudieron el presidente de la Xunta de Galicia, Fernando González Laxe, y su vicepresidente, Javier Suárez-Vence Santiso. La noticia circuló rápidamente y se aglomeró el público ante el pavoroso espectáculo. Pasada media hora, el juez de guardia ordenó el levantamiento de los cadáveres y su traslado al Instituto Anatómico Forense, de la Facultad de Medicina. Más tarde, los restos

mortales de los infortunados guardias civiles fueron enviados al Hospital Xeral de Galicia, para la práctica del peritaje forense.

Que huyeron a pie parece una tesis fuera de toda duda. Lo hicieron, además, en grupo, con la misma metódica organización que durante el escalofriante asalto al Banco de España. Posibles testigos de la retirada de los terroristas creen haberlos visto dirigiéndose desde el casco histórico hasta el Ensanche compostelano, donde abordarían un automóvil Talbot Horizon de color amarillo. Sin embargo, otras versiones aseguran haber visto a los terroristas dirigirse a pie hacia el sureste de la ciudad, seguramente para alojarse en algún piso franco en el eje Sarcastrón D'Ouro, en cuya población universitaria de creciente evolución demográfica podrían tener más garantías de pasar inadvertidos.

Muy pocos minutos después de concluidos los episodios del Banco de España, Policía y Guardia Civil instalaron controles en todos los accesos a Santiago de Compostela. Al mismo tiempo, especialistas en la lucha antiterrorista fueron comisionados para su incorporación a las investigaciones, que se centralizan en la comisaría local pero son escrupulosamente coordinadas por el Gobierno Civil de La Coruña.

A última hora de la noche, fuentes policiales negaron a este diario que se hubiesen practicado detenciones. El dispositivo policial montado con toda urgencia permitió llevar a cabo en pocas horas un riguroso «peinado» por distintos puntos de la ciudad. Filtraciones policiales hicieron hincapié en la posibilidad de que los terroristas hubiesen logrado salir de la ciudad. En este supuesto, se habrían detenido en algún piso de apoyo, en las poblaciones rurales más próximas de Compostela, probablemente en el municipio de Vedra. Al mismo tiempo, la Policía intensificó su presión investigadora sobre barrios altos de la ciudad, entre ellos Vite y Almáncia. La sospecha de que los asesinos hubiesen buscado amparo en la zona norte habría recordado a algunos investigadores de la comisaría compostelana la facilidad con la que en 1978 se escondieron en la calle del Escultor Asorey los «grapos» autores del asesinato del guardia civil Manuel Vázquez Cacharrón.



Los empleados de la oficina pasaron por momentos de gran tensión

Los funerales se oficiarán hoy en la iglesia de San Francisco

La Coruña (Redacción). Los funerales por los guardias civiles Pedro Cabezas González y Constantino Limia Nogueiras serán oficiados hoy en la iglesia santiaguesa de San Francisco.

A las seis y cuarto de la tarde, la comitiva saldrá del Cuartel de la Guardia Civil —donde desde ayer está instalada la capilla ardiente— hacia la referida iglesia. Seguidamente, en el cementerio de Boisaca tendrá lugar el entierro de Pedro Cabezas González.

A las seis y media de la tarde, en la iglesia de Lamelas-Silleda (Pontevedra), se celebrará el funeral por Constantino Limia Nogueiras, y posteriormente el entierro.